

Señoras y señores:

Nos reúne en este acto un doble propósito. Por un lado, dar marco institucional al acontecimiento más importante de la vida de un universitario, como lo es la graduación.

Por el otro, compartir la alegría de un trabajo bien realizado y con final feliz con estos graduados, sus familias y sus amigos, cuya presencia agradezco sinceramente.

Gracias a Dios, como Rector de la Universidad del Salvador ya he podido estar presente en varias ceremonias de esta índole.

Cada una de ellas nos ha dado la oportunidad para participar del clima de satisfacción que proviene de cada uno de los nuevos graduados, junto con la emoción y el orgullo legítimo de sus seres queridos.

A nosotros, autoridades y profesores, que permanecemos en la casa que ellos dejan, nos cabe el gusto de verlos felices, con la mente puesta en el futuro, ese futuro que con este título contribuyen a delinear.

También nosotros tenemos nuestra cuota de sano orgullo, que va de la mano de nuestra gran responsabilidad: estamos en la Universidad del Salvador, con casi 70 años de historia institucional, con prestigio bien ganado en el ámbito de su actividad, pero sobre todo con una impronta muy determinada y una identidad que nos marca a todos, los que se van y los que quedamos, más allá de épocas, modas y tendencias.

Ustedes, graduados, se han formado en una Universidad que nunca reniega de su carácter confesional cristiano. Justamente por eso está siempre abierta a todos aquellos, sin distinción alguna, que busquen recibir "Ciencia a la mente y virtud al corazón", ese sano y prudente equilibrio que surge de la identidad jesuita y que llevamos en nuestro ADN. Es que por eso somos como somos, y no de cualquier otra manera.

Con cada uno de ustedes, graduados, nos hemos propuesto cumplir con ese mandato grabado en nuestro escudo.

Esperamos haberlo cumplido, a pesar de nuestras falencias humanas, por las cuales no dudamos en disculparnos.

Por ser así como somos buscamos siempre estar a la vanguardia en la búsqueda del saber.

Quienes como yo tuvieron la fortuna de haber estudiado en esta misma Universidad saben que aprendieron en las aulas, en los libros, pero también en el ejemplo de tantos que nos precedieron en el camino.

Por esa guía llegamos a momentos como éste, de gran emoción. Por esa misma guía sabemos distinguir lo importante de lo que no lo es, y sabemos también que debemos ser solidarios con nuestros semejantes, sobre todo con quienes más lo necesitan, por lo cual ponemos nuestras capacidades a su servicio.

La Universidad nos brindó la ciencia imprescindible para desenvolvernos en el ambiente profesional que nos espera. Y también nos enseñó que no somos individuos aislados, encerrados en nuestras propias cuestiones, sino que formamos parte de una comunidad que al mismo tiempo nos da y nos necesita. Porque no somos únicamente razón, sino también corazón, ése que nos hace mejores cuando, por ejemplo, nos conmovemos frente al dolor de un semejante y acudimos en su auxilio.

Ciencia y virtud. Saber y amar. De eso se trata, creemos.

Por eso a los líderes, a ustedes, no se les exige solo conocimientos sino sensibilidad para saber estar en actitud de servicio, para aplicar ambos a la solución de problemas concretos que contribuyan a que cada día tengamos una sociedad mejor.

Esa impronta que nos es propia, ésa que cada uno de ustedes se lleva hoy de esta Universidad, nos coloca al mismo tiempo abiertos a lo mejor del conocimiento universal y firmemente arraigados en nuestras raíces; ávidos de conocer cada nuevo avance científico y orgullosos de toda nuestra maravillosa tradición nacional fundamentada en los valores cristianos; libres de prejuicios, pero convencidos de los principios que dan forma y sentido a nuestra vida personal, familiar y profesional.

Eso es lo que se espera de un universitario formado en nuestra querida casa, ésta que hoy ustedes dejan, pero en la que siempre serán bien recibidos cuando quieran regresar.

De nuestra Universidad han surgido personalidades de las ciencias y de las letras, técnicos y filósofos, mujeres y hombres que honraron su compromiso con la

sociedad y que nos enorgullecen.

Pedimos a Dios que entre ustedes, queridos graduados, haya también quienes en el desarrollo de su vocación encuentren modos de mejorar la vida de sus semejantes, de ayudarlos y, de ese modo, ser cada día mejores, a veces incluso postergando momentáneamente el propio interés.

Podrá decirse que este camino no suele ser sencillo, y es verdad. Pero la fe en Dios les permitirá encontrar formas de avanzar sin perder de vista el objetivo.

Que Él los bendiga, al igual que a sus familias, y que San Ignacio de Loyola, nuestro patrono, los guíe y acompañe siempre.

Carlos Ignacio Salvadores de Arzuaga
Rector de la Universidad del Salvador (USAL)